

# JULIEN TUD

DE HOY

Semanario independiente

Edición para Yecla



La correspondencia al Director:

Año III

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
Yecla y Alicante, 25 cts. mes  
Fuera UNA peseta trimestre

Alicante 1.º de Julio de 1917

J. GIMENEZ ROSES.  
San Francisco, letra R.—YECLA

Núm. 89

## Zozobra

En el ambiente flota un hábito de temor y de ansiedad como si algo desconocido y terrible, hubiera de sobreenir de un momento a otro sin saber de donde partirá, a donde terminará, cuales serán sus efectos, ni cuales sus consecuencias.

En todos los ojos hay una interrogación, en todos los labios hay una pregunta; en todos los corazones una ansiedad; en todas las conciencias una inquietud, en tanto la vida cotidiana aparece a simple vista normal, risueña, cristalina, igual a la de ayer, a la de anteayer, a la de otros días, con sus mismas luchas y vicisitudes, con sus mismos rencores y envidias de siempre, con sus mismas fiestas, sus mismos regocijos, sus mismas alegrías de otras veces.

No ocurre nada. Algunos incidentes políticos hermanos de tantos otros, y algunas contiendas sociales compañeras de las de otros días; poca cosa, en fin, para turbar la tranquilidad del caminar de nuestra vida es lo únicamente nuestros ojos miran, pero en medio de esta calma aparente, de esta tranquilidad relativa, existe algo incomprensible y desconocido que se agita y se commueve en torno de la sociedad llenándola de inquietud y angustia.

¿Y esto que es? ¿Que qué causas bastan para producir esta desazón general? ¡Quién lo sabe!

Ante los ojos del observador pasan y pasan miles de afirmaciones varias a cual más concisa, más elocuentes, más rotundas. Pero ellas, en medio de su elocente variedad, no por eso

dejan de ser idénticas, gemelas de las de ayer, de las de anteayer, de las de otros años, de las de todos los siglos.

Por esto mismo nace la extrañeza en nuestro ánimo al observar en todos, recelos, inquietud, angustia, temor, siendo como es lo de hoy igual en todo a lo de siempre.

¿Por qué ese temor a que todo salte y se rompa en mil pedacitos?

Todos dicen que la normalidad de la vida nacional se ha alterado.

Pero cuándo, en qué tiempo disfrutamos de esa normalidad?

Reconcentremos por un momento la atención en Yecla, cifámonos en nuestras observaciones para nuestro pueblo en la seguridad de que, en los demás de España, ocurre otro tanto que en el nuestro; y así conseguiremos disertar sobre algo muy real y muy vivido por todos nuestros lectores.

En Yecla se vive en la más perfecta normalidad. Nada ni nadie ha podido turbarla y la costumbre, el hábito de las cosas, nos hizo mirar en todo momento a todo cuanto ocurría en ella como algo naturalismo y si se quiere fatal, imposible de variarlo o torcerlo con nuestro esfuerzo conjunto.

Las imprevisiones, los desaciertos, los desesfueros de los altos con los pequeños, los abusos del poder para con el pueblo, la ruinoso administración municipal; las brutalidades del caciquismo, el favoritismo a izquierdas, y el matonismo provocador, son cosas tan corrientes, tan naturales, que todos hemos llegado

a considerarlas si cabe, como algo necesario para la vida del pueblo.

Nadie hace caso de todo esto. Ni se hace caso de que haya o no escuelas donde se eduquen los futuros ciudadanos, ni que ellas estén o no dirigidas por personal competente; ni que el presupuesto de higiene se invierta en todo, menos en higienizar al vecindario; ni que el presupuesto de ornato y reparación y arreglo de vías públicas, se invierta en otros arreglos menos en el de las calles; ni que a través de los años mil, halla en su huerta una verdadera red de canales para su riego a pesar de los miles de pesetas que han producido los riego de sobras; ni tampoco nos hemos preocupado de que, por los gobernantes, se haya combatido siempre y siga combatiéndose con eficacia, a aquel que trae una innovación, a los que realizan trabajos benéficos para el pueblo; ni tampoco de buscar los medios de atenuar la emigración en masa de trabajadores; ni tampoco en proteger la honradez del ciudadano; ni en castigar a los que por fines personales y egoístas, hacen arma de la calumnia y la deshonra.

Nadie ha hecho ni hace caso de todo esto. Nadie se ha preocupado en protestar del estancamiento de nuestro progreso político y económico; nadie se ha preocupado de trazar contra la inmoralidad y contra el engaño ambiente, y como todo esto que hemos expuesto no son cosas de hoy, si no que son también de ayer, de anteayer, de siempre; como todo esto es lo que constituye la normalidad de nuestra vida pública e interior es muy lógico que hoy, extrañados ante la ansiedad y el temor que leemos en todos los ojos nos preguntemos ¿Tan a gusto vivimos que hay miedo a variar? ¿Será acaso cierto que cuerpo que se habitua al vicio en vicio ha de vivir?

¿Será acaso que la ley de las transformaciones no reza para con nosotros, y evolucionar sería morir para esos habituados a esta normalidad? ¡No lo sabemos! pero es bien cierto, que nos da derecho a pensar de esta manera, el hecho de que, habiendo

vivido siempre de este modo, habiéndolo escuchado de todos los labios que se vivía mal, hoy cause temor variar de postura.

Por creerlo adecuado a nuestra campaña en pro de la educación del obrero y de actualidad en Yecla, dadas las circunstancias que atraviesa nuestro pueblo, reproducimos a continuación un bello artículo, publicado en el número de «A. B. C.» correspondiente al 10 del actual, y debido a la pluma del glorioso veterano de las letras, españolas D. José Ortega Munilla:

«Tipos de la vida española»

## El silencioso

Mientras los demás discuten, él trabaja. Mientras los otros se enfurecen, él está tranquilo. No sabe lo que son mítines ni huelgas. No lee periódicos, ya porque no tenga a mano la hoja impresa, ya porque ignore los secretos del abecedario, ya porque no le interese lo que en ella se estampaba. No es un tipo aislado. No es un ejemplar peregrino. Es uno de los 11 millones de españoles que laboran los campos. Una junta de buyess o de mulas, un surco, una aldea lejana, doce horas de diario esfuerzo, un yantar misero, la pobreza hereditaria e irremediable, el sometimiento a la injusticia, el arbitrio del amo y la ley del cacique por normas fatales, un jornal insuficiente, la privación de enseñanzas, de cultura, de asistencia médica útil en las dolencias, la obligación de servir al Rey en las filas militares, y como premio de todo la indiferencia, o mejor, la ignorancia de lo que hace.

Nadie se ocupa de este hombre si no es para cobrarle los tributos, llevarse el hijo a los cuartales y obligarle a meter en la urna una papeleta electoral.

El señor le trata de «tú»; el alcalde no le consiente ni el derecho a la queja; el tendero le impone la adquisición de alimentos insanos y fraudulentamente medidos.

Apenas se le concede la condición humana. En torno suyo suspen estas fra-

Díaz, Vidaurreta y Compañía

Maquinaria Agrícola

MADRID

Agente para esta región: JOSÉ CREMADES SOLER

:-: YECLA :-: